



Los saberes operativos de la globalización : en las ONGs de mujeres y sus líneas de fuga

Autor:
Richard, Nelly

Revista
Mora

2001, N° 7, pp. 58-64



Artículo





Los saberes operativos de la globalización en las ONGs de mujeres y sus líneas de fuga

Nelly Richard*

El diagnóstico que hoy comparten varias feministas chilenas nos señala que el reordenamiento democrático de la Transición significó la fragmentación y dispersión de los movimientos de mujeres que habían desplegado toda su fuerza político-contestataria durante los años de la lucha antidictatorial.¹ Por un lado, esos movimientos de lucha ciudadana que buscaron inscribir la problemática de género en el interior del debate político armaban vínculos con las ciencias sociales. Por otro lado, los microcircuitos de resistencia crítico-cultural del arte y de la literatura condensaban en el significante "mujer" toda una serie de desbordes y transgresiones a las hegemonías simbólicas y discursivas del poder militar. La reflexión -agitativa y creadora- de estos espacios surgidos en los años ochenta se trasladó, durante los años noventa, a dos nuevos formatos de institucionalización de la expresión feminista: las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que buscan traducir el conocimiento acumulado en torno de las prácticas de género a la tarea de "planeación estratégica para elaborar "informes" o "proyectos" que tienen por objeto influir en las políticas públicas"² centralizadas en el Estado; los departamentos de Estudios de la Mujer o de Género que comenzaron a formarse en varias universidades chilenas, como áreas destinadas a dotar de legitimidad y reconocimiento académicos a los saberes disciplinarios o transdisciplinarios que analizan el eje de poder/saber de la división genérico-sexual.

Desde las ciencias sociales hacia las ONGs y desde la historia, la antropología o la literatura hacia los departamentos de Estudios de Género, los conocimientos ligados a la dimensión político-teórica y crítica del feminismo de los ochenta experimentaron un proceso manifiesto de especialización profesional, de sectorialización académica y de normalización institucional. En sintonía con las funcionales reconversiones que agenció el dispositivo de la Transición chilena, la

* *Revista de Crítica Cultural.*

¹ Olea Raquel señala cómo los sectores feministas independientes que apoyaban la coalición de gobierno constataban ya en el primer año de transición que sus posiciones -y también sus líderes- irían saliendo de la mesa de pactos; y cómo, también, «la sociedad civil mayoritariamente (organizaciones y movimientos sociales, agrupaciones comunitarias, ONGs) y entre ella, los sectores feministas, han quedado progresivamente excluidos» de las negociaciones protagonizadas por «los poderes institucionales representados en los partidos políticos y la iglesia católica». Raquel Olea, "Femenino y feminismo en transición", en *Escrituras de la diferencia sexual*, Santiago de Chile, Lom/La Morada, 2000, págs. 53-55.

² Álvarez, Sonia, "Articulación y transnacionalización de los feminismos latinoamericanos", en *Debate Feminista*, nº 15, abril de 1997, México, pág. 148.

crítica feminista dejó la fragmentariedad dispersa por el reagrupamiento operativo; la pulsión nómada de ruptura estética por la acumulación y capitalización discursivas del valor-"saber"; el desorden imaginativo por la racionalización profesional; los desgastes de la utopía militante por una lógica de pragmatismo y rendimiento institucionales; el activismo crítico-intelectual por la consolidación técnica de un saber experto. Por supuesto que el movimiento de reciclaje que describo no es tan unilateral en sus efectos y que, también, trajo ciertas ventajas. Por un lado, las dinámicas micro-organizativas de las ONGs han permitido poner en relación activa y plural a la sociedad civil con agencias extragubernamentales que descentralizan los núcleos de tomas de decisión estatales mientras, a la vez, las conexiones de su red transnacional lograron ejercer presiones liberadoras sobre las fronteras nacionales sometidas al cierre y a la rigidez del conservadurismo moral, tal como ocurrió en Chile con motivo de la IV Conferencia de Beijing. Por otro lado, al hacer ingresar dentro del recinto académico saberes de extramuros, conocimientos batallantemente ligados a la memoria de la calle del feminismo, los Estudios de Género trastocaron provocativamente los supuestos de autonomía, pureza y trascendencia del conocimiento universal con que trabaja- jerarquizadamente- la máquina universitaria tradicional. Pero tanto las ONGs, como los departamentos de Estudios de Género a los que se desplazó el feminismo chileno durante la Transición, han favorecido la conversión de su energía rebelde a codificaciones presupuestarias e institucionales que "ponen límite al desborde de subjetividades del activismo feminista",³ determinando hoy sus producciones según parámetros que tienden a ser cada vez más de instrumentalización burocrática y de operacionalización técnico-profesional.

Quiero dejar aquí de lado el tema de los Estudios de Género para anclar mi reflexión en un escenario local: la Corporación de Desarrollo de la Mujer La Morada de Santiago de Chile que, a mi parecer, se ve atravesada productivamente por ciertas ambigüedades de voces y oscilaciones de sentido que estimulan una reflexión sobre las tensiones -a veces dilemáticas- a las que se enfrentan el discurso del género cuando se divide entre políticas de la identidad y poéticas de la subjetividad.

El desempeño de La Morada se inscribe en las mismas lógicas de funcionamiento que caracterizan a las demás Organizaciones No Gubernamentales, en cuanto espacio que se sustenta sobre la base de proyectos de investigación financiados por organismos y fundaciones internacionales que, a cambio de su apoyo económico, fijan las prioridades de los temas y campos de acción a las que deberán adecuarse sus saberes comisionados: salud, trabajo, familia, educación, violencia, etc. Además está decir -y me parece que no se dice lo suficiente- que las agendas temáticas, los formatos de trabajo y las orientaciones metodológicas, reglamentadas por los mecanismos de financiamiento internacional que deciden la suerte de las ONGs, tienden a exacerbar el servilismo burocrático de discursos uniformados que deben plegarse a los lineamientos institucionales de ciertos temas de alta cobertura ("desarrollo", "ciudadanía", "medio ambiente", "globalización", etc.) que tienden a



³ Lamas, Marta, "La radicalización democrática feminista", en *El reverso de la diferencia: identidad y política*, Caracas, Nueva Sociedad, 2000, pág. 89.

cancelar la posibilidad de explorar lo emergente o residual de ciertas materias culturales bifurcadas -simbólicamente más complejas- que, por digresivas o laterales, se ven expulsadas de los caminos rectos del utilitarismo funcionario.

Una parte de La Morada se rige por esta ley de existencia y funcionamiento de las ONGs que les pide cumplir con un realismo de la aplicación, mediante conocimientos verificables y traspasables a las estadísticas del consumo de datos que abastecen los recuentos informativos sobre la situación de la mujer. Pero también, La Morada y sus circunstancias han dado lugar a que dos dimensiones radicalmente ajenas a esta operacionalización burocrático-investigativa del trabajo feminista, armen vueltas y revueltas en torno a lo femenino y dibujen puntos de resistencia, líneas de fuga, en relación con el mundo planificado del conocimiento con valor de mercado que hoy transan las agencias internacionales. Me refiero al psicoanálisis y a la literatura: dos dimensiones que cruzan La Morada según figuras no simples, introduciendo una ruptura (de tono, de estilo) con los materiales habitualmente producidos por una regla que nos dice que "las disciplinas más recurrentes en las ONGs son la sociología y, en menor medida, la antropología y la psicología, siendo escasas la participación de investigadoras provenientes de otras disciplinas".⁴ Al subrayar la incorporación del psicoanálisis y de la literatura a las áreas de trabajo de La Morada, no pretendo celebrar los méritos (ya académicamente banalizados) de la transdisciplinariedad como un simple régimen de conciliaciones prácticas entre saberes integrados, es decir, un régimen que sólo busca favorecer combinaciones prácticas entre divesos objetos y métodos de estudios para lograr un entendimiento más abarcador de las complejidades del sistema y optimizar el rendimiento del conocimiento sin pretender trastocar nada de la composición racional ni de la textura lingüística de la lengua performativa de la axiomatica capitalista. Me interesa más bien realzar la incomodidad de los encuentros entre las direcciones de trabajo y reflexión que se topan en La Morada, la no-acomodación entre lo feminista y lo femenino, en la que insiste, por ejemplo, una cita de Teresa Bustos que me parece emblemática. Se trata de una cita sacada de la introducción de uno de los libros que ha publicado La Morada (*La Princesa Caballero; estudio psicoanalítico del femenino*) y que dice lo siguiente: "baste insistir en aquello por lo cual este libro, que habla del femenino y del psicoanálisis, lo habla en una institución que se define feminista. Esparciendo una mezcla difícil de administrar, sobre todo porque no parecemos interesadas en hacerlo. Llamarle a esto la princesa caballero es dejar caer al pendiente un asunto de la cosa femenina que no se deja resolver en esa queja manifiesta o velada a la que quedan sometidas todas las formas que toman por causa el femenino. Que la cosa femenina no se convierta en causa".⁵ Modificando ligeramente la cita de T. Bustos para aplicarla a la situación de La Morada, tendríamos,

⁴ Rebolledo Loreto y Donoso Carla en «Disciplina o interdisciplina. Balance preliminar del fondo de género CONICYT Chile» en : Sonia Montecino, Alexandra Obach, *Género y epistemología*, Santiago, Lom, 1999, p. 198.

⁵ Bustos Teresa, "Presentación. Las aspas de una confusión" en *La Princesa Caballero; estudio psicoanalítico del femenino*, Santiago de Chile, Lom/La Morada, 2000, pág. 8.

por un lado, la "causa feminista", es decir, el proyecto militante de una toma de conciencia emancipadora que busca transformar las condiciones materiales del sistema sexo-género tal como lo ideologizan ciertas formaciones sociales, y tendríamos, por otro lado, algo llamado "el femenino y el psicoanálisis" que parece querer resistirse a la cristalización del significado representacional "mujer feminista" en lo que este significado conlleva de determinista o reduccionista al buscar unidimensionalizar la relación entre "mujer" y "género" bajo los supuestos -pedagógicos o militantes- de una necesaria ilustración o demostración de identidad. Las complicadas relaciones entre el psicoanálisis y el feminismo han sido ya estudiadas por numerosas autoras, y no pretendo aquí detenerme en su detalle.⁶ Sólo quisiera subrayar estas dos intencionalidades (el feminismo, lo femenino) a cuya tensión provocativa se enfrenta un espacio como La Morada, para mostrar la división entre, por un lado, "lo feminista", es decir, un proyecto de lucha social que se formula en nombre de un grupo empíricamente llamado "las mujeres" y que requiere como tal de una designación compartida para que sirva -operacionalmente- de referente de identificación colectiva y, por otro lado, lo "femenino" como meandro de una subjetividad cuyo yo se va descalzando permanentemente a sí mismo, abriéndose a los huecos de lo indefinible y a las vagancias del nombre sin categoría fija que desliza su palabra elusiva y suspensiva. Independientemente de todo acuerdo o desacuerdo con la perspectiva lacaniana trabajada por el grupo de La Morada al que pertenece T. Bustos, quisiera llamar la atención sobre este discurso que ronda alrededor de "el femenino y el psicoanálisis" con palabras nunca del todo cernibles en su función designativa ni en su referencialidad social; palabras que se valen de lo esquivo para aludir a las fuerzas de desorganización del yo que, en el reverso de cada trayecto de constitución de identidad, perturban la idea de una generización sexual de la mujer completamente significable y representable. Sólo quisiera enfatizar el acento perturbador de los diferimientos de esta palabra insinuante, evocadora más que indicativa, que -en el caso de T. Bustos- se resiste a hacer coincidir significado y significante; una palabra que frustra entonces la demanda de



⁶ El debate entre psicoanálisis y feminismo atiende múltiples preguntas entre ellas, por ejemplo, la de saber si el modelo lacaniano de lo femenino permite liberar significados de la diferencia sexual que puedan ser considerados como emancipatorios desde el punto de vista de la crítica feminista o bien si dicho modelo sólo reifica conceptualmente lo femenino al tratarlo como simple "representación" textualizada. Tratándose en el caso que nos ocupa, el del Centro de Salud Eloísa Díaz de La Morada, de una tendencia estrictamente lacaniana, no cuesta mucho imaginar los difíciles tránsitos entre lo femenino de la Mujer y las mujeres del feminismo: entre, por un lado, la estructuralización abstracta de una femineidad recortada de la contextualidad social e histórica que define las coyunturas operatorias de cualquier batalla institucional y, por otro lado, el trabajo analítico y político del feminismo que requiere destamar las contingencias enunciativas a partir de las cuales sexualidad y poder, ideología y representación, van realizando sus construcciones hegemónicas en una determinada exterioridad social.

saber que se les dirige a las investigadoras sociales de las ONGs bajo el sagrado requisito de que "una de las tareas imprescindibles de todo investigador" consiste, precisamente, en "minimizar el desorden terminológico".⁷ Otra dimensión activada por La Morada⁸ ha sido la de la crítica literaria y cultural, la de la reflexión estética que hace girar categorías y simbolizaciones (mujer, identidad, diferencia y otredad) en torno a textualidades y poéticas cuya densidad figurativa también hace estallar el sentido normalizado de los intercambios prácticos donde se inscriben las relaciones sociales de género que, al mismo tiempo, analiza La Morada en sus talleres de vida cotidiana (salud reproductiva, trabajo, violencia doméstica, etc.). El universo de las representaciones culturales ha sido uno de los campos de intervención privilegiados de la crítica feminista para realizar en él una contralectura denunciante de cómo poder y subjetividad van entrelazando sus montajes de fuerza, razón y deseo. Sabemos de las complejas operaciones que ha debido realizar la crítica literaria feminista para distanciarse de la concepción esencializante de una escritura "femenina" que sólo debería "reflejar" un contenido-de-identidad ("ser mujer") originariamente garantizado por una ecuación pasiva sexo-género. Sabemos de sus esfuerzos teóricos destinados a romper esta falsa continuidad natural entre "mujer", "experiencia femenina o conciencia de género" y "literatura" mediante cortes -interrruptivos y rearticulatorios: desnaturalizantes- entre subjetividad, escritura y diferencia sexual. La problemática de la escritura, de la relación entre mujer y textualidad femenina, entre las marcas de la diferencia sexual y la simbolización de la otredad: esta problemática que inspira un sector de reflexión del grupo de la Morada contribuye también a refutar el determinismo sexual de una correlación fija entre mujer, género, identidad/diferencia y representación. Además del psicoanálisis referido por la cita que mencioné anteriormente, es también la literatura la que, en La Morada, desorganiza y subvierte los supuestos de pertenencia genérico-sexuales en los que se basa el sociologismo de la identidad que conforma buena parte del trabajo investigativo de las ONGs de mujeres. Junto al enfoque psicoanalítico, la mirada sobre la literatura se zafa de los estrechos límites del realismo categorial para dispersar, fuera de ellos, el potencial metafórico de ciertas hablas fronterizas, a veces divagantes, que no se dejan ceñir por una asignación reconocible de propiedades, valores o comportamientos genérico-sexuales. Ambas dimensiones tendrían en común, si lo decimos con palabras de J. Kristeva, que "junto al psicoanálisis, el papel de las experiencias estéticas" consiste en revelar lo no-dicho del contrato social: en servir "de contrapeso al almacenamiento y la uniformidad de la información"; en "desmistificar la comunidad del lenguaje como herramienta universal, totalizante, niveladora",⁹ es decir, en burlar la ley de la serie con que la

⁷ García Selgas Fernando y Monleón José, "Introducción" en *Retos de la Post-modernidad, ciencias sociales y humanas*, Madrid, Trotta, 1999, pág. 25.

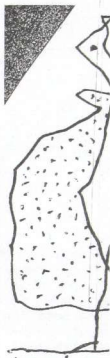
⁸ El vuelo que ha tomado esta dimensión se debe principalmente al trabajo de Raquel Olea, directora del área Cultura de La Morada, y ella misma, crítica literaria (véase Olea, Raquel, *Leigüa Vïbora, producciones de lo femenino en la escritura de mujeres chilenas*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1998).

⁹ Kristeva, Julia, "El tiempo de las mujeres", *Debate feminista*, nº 10, México, 1992.

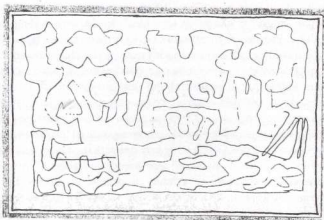
globalización capitalista y su estandarización mediática de las subjetividades quiere reducir la singularidad de cada diferencia asimilándolas a un régimen de equivalencias neutrales. El rol del arte y de la literatura, de la estética, consiste en darle cabida a todo lo que desecha la racionalidad productiva de lo social: a lo inarticulado, lo trunco, lo difuso y confuso de significaciones aún sin precisar ni completar. El arte y la literatura le dan a la precariedad conceptual de estos materiales vagos un tratamiento expresivo que se opone al sistema productivista que quiere transformarlo todo en razón instrumental, en método objetivo, en dato útil, en saber aplicado, en verdad práctica. El arte y la literatura, la estética, son entonces lo que exploran los márgenes oscurecidos del decir y del pensar que la transparencia comunicacional busca agotar en la leyenda explicativa o el comentario noticioso. Son los pliegues de extrañeza del arte y de la literatura los que deforman-desuniforman los lenguajes seriales de todos los días (los de la publicidad, de la televisión, de las empresas y de los ministerios, de las consultorías) que el régimen mediático de la globalización -con su dogma de lo mayoritariamente transmisible- ha convertido en norma de comunicabilidad oficial. Son los dobles y opacidades de estos pliegues fabuladores los que hacen vibrar el enigma de ciertas fluctuantes narrativas de la subjetividad que se rebelan contra las redundancias programáticas de los informes en ciencias sociales que, hoy, se transan entre consultorías internacionales y organismos ministeriales.

Localizándolo en el cuerpo de La Morada, pretendo evocar aquí un nudo de tensiones que se abre, por un lado, hacia la necesidad -política, estratégica- de afirmar una posición feminista que comprometa socialmente a las mujeres en un trazado colectivo de acción y lucha reivindicativas que se intersectan necesariamente con las relaciones prácticas de desempeño cotidiano (salud, trabajo, educación, etc.) y, por otro lado, hacia el deseo exploratorio -vía el psicoanálisis o la literatura- de ficcionar por el lado de las fallas y de los excedentes simbólicos que deforman los esquemas identitarios de las políticas del género y sus modos institucionalizados de correlacionar "mujer" y "derechos sexuales", sin locuras ni desperdicios, sin vueltas ni rodeos. Ese deseo ficcionante de lo femenino -hecho texto- supone preservar las fisuras e intersticios por donde hacer vacilar el sentido en el interior de las definiciones de identidad y de género que, muchas veces, busca suturar la "causa feminista" para evitar que la potencialidad desequilibrante de lo no-fijo, de lo indeterminado, de lo múltiple contradictorio, atente contra la normatividad del género que el sociologismo de las ONGs necesita ocupar como guía objetiva.

Independientemente del contenido progresista de su trabajo orientado hacia los cambios, el mundo de las ONGs se ve hoy nivelado por la lengua investigativa de los "informes" y de los "proyectos" que parecería hablar el mismo lenguaje seriado del mercado capitalista en cuanto promueve un mismo tipo de saber aplicable e integrable a los cuadros estadísticos de la globalización. Este mundo de la producción de datos compone un triste paisaje de burocratización del saber donde las problemáticas teóricas o conceptuales se ven simplificadas por su recorte instrumental en "áreas de problemas" que deben someter sus objetos a resolución técnica pero no a interrogación crítica. Los monótonos y tiranizantes criterios de la rentabilización científico-profesional promueven un tipo de pragmatismo del conocimiento que debe ser directamente traducido a "servicios", sin que ninguna perplejidad teórica o desborde metafórico afecten el curso rectamente utilitario de lo transmisible y de lo consumible según los índices cuantitativos del saber tomado



como mero expediente. Éste es el lenguaje tecnooperativo que habla la globalización capitalista y que también reproducen instancias como las ONGs de mujeres, al ser parte -coordinada- de la performatividad del sistema en materia de estudios y políticas de género. De ser así, resulta indispensable liberar puntos de resistencia y líneas de fuga en el interior de estos vocabularios sin imaginación, para estimular el libre juego-combinado y plural- de diferentes actuaciones de lo femenino y de lo feminista que pueden variar entre el yo de la acción social (un yo cuya política de los espacios se libra en los frentes de la lucha cotidiana e institucional), el yo del pensamiento teórico (un yo que autorreflexiona críticamente sobre las trampas dogmáticas de lo identitario y de lo representacional) y el yo de las figuraciones estéticas (un yo que desencaja la ortodoxia social con su carnaval de formas y de estilos). Ninguno de estos yo -de estos "sujetos" del feminismo- debería renunciar a la fuerza de provocación que ejercen sobre él los demás, porque ésta es la condición para que cada subjetividad pueda deshacerse y rehacerse creativamente bajo el modo doble de lo "interiormente fracturado" y de lo "exteriormente múltiple".¹⁰ Para esto, no habría que temerle a las disonancias o a los equívocos que generan opacidades y confusiones, irregularidades, en la superficie de los cuerpos, de los lenguajes y de las instituciones, tal como ocurre en el ejemplo que cité de La Morada. Son estas opacidades y confusiones, estas irregularidades, las que -felizmente- van a molestar la voluntad de método y sistema objetivo con que el conocimiento globalizado busca sustraer las diferencias y su otredad a las extrañas aventuras de lo clasificable.



¹⁰ Bondi, Liz, "Ubicar las políticas de la identidad", *Debate Feminista*, nº 14, octubre de 1996, México, pág. 33.